

Alonso Cueto

La hora azul



El doctor Adrián Ormache es un próspero abogado de Lima. Tiene un buen sueldo, un trabajo estable y una familia encantadora. Su infancia también ha transcurrido sin problemas. Adrián apenas ha visto a su padre, de cuyas hazañas como oficial de la marina ha oído hablar. Tras su fallecimiento, descubre que su padre estuvo a cargo de un cuartel durante la guerra de Sendero Luminoso. Gracias a exsubordinados suyos, se entera de que ordenaba las sesiones de tortura y mandaba violar y ejecutar a las prisioneras. Pero en una ocasión su padre le perdonó la vida a una de ellas, que luego se escapó del cuartel. A pesar de las advertencias y amenazas, Adrián se propone conocerla.

El día 7 de noviembre de 2005, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Juan Cueto, Esther Tusquets, Enrique Vila-Matas y el editor Jorge Herralde, otorgó el XXIII Premio Herralde de Novela, por unanimidad, a *La hora azul*, de Alonso Cueto.

Resultó finalista *Egipto*, de Manuel Pérez Subirana.

A Quinta Chipana y a sus amigos de Vilcashuamán

Una joven detenida, menor de edad, había sido convencida para pasar la noche en la habitación de un alto oficial de Los Cabitos. (...) La madrugada del 3 de marzo la detenida escapó.

RICARDO UCEDA, *Muerte en el Pentagonito*

—Sí —dije, y casi sin darme cuenta añadí—: A lo mejor uno no es sólo responsable de lo que hace, sino también de lo que ve o lee o escucha.

JAVIER CERCAS, *La velocidad de la luz*

I

Poco antes de que empezara esta historia, la revista Cosas publicó una foto mía en su sección «Mundo Social».

Era una foto rectangular que atravesaba la página de un lado a otro. Yo aparecía confrontando a la cámara con una sonrisa. Tenía la cabeza alzada, el saco brillante, algunos dedos asomados en el hombro de mi guapa esposa Claudia. Me veía bien, con esa mezcla de espontaneidad y de elegancia que algunos sabemos lucir cuando hay un fotógrafo cerca. Tenía la corbata ceñida, el pelo cautelosamente revuelto, y el anillo de un matrimonio de quince tranquilos años apretado a mi anular. Junto a mí, Claudia, y mi socio Eduardo y su esposa, Milagros..., los cuatro juntos mirando al lente, condecorados con vasos de whisky, envueltos en la cariñosa arrogancia de nuestras sonrisas, como si acabáramos de recibir un premio por ser las parejas más felices de aquella noche.

Un día, mientras desayunábamos, Claudia me pasó la revista con la foto. Mi cuñada llamó poco después a la oficina. «Se les ve preciosos», me explicó. Me halagaba pero no me extrañaba que la foto fuera más grande que las otras en esa página.

Por entonces me veía mucho, y creo que siempre bien. Los datos de una vida estaban, por decirlo así, a mi favor. Tenía cuarenta y dos años. Ganaba nueve mil dólares mensuales. Pesaba ochenta kilos, un buen peso para mi metro ochenta y dos. Iba una hora diaria al gimnasio. Era además uno de los socios del estudio de abogados, que mantenía un grupo de cien buenos clientes. Tenía mucho trabajo pe-

ro también bastante ayuda en la oficina. Por esa época algún amigo me dijo, con tono acusatorio, que me veía cada vez más contento.

Ser abogado ha sido siempre mi vocación. En el colegio, una vez escribí un ensayo llamado «El derecho en la vida cotidiana». La idea principal de ese texto era que cualquier relación social, incluso las de amor y de amistad, se basaba en un pacto tácito. Padres, hijos, esposos, enamorados, amigos, hermanos llegan, sin explicitarlo, a acuerdos sobre su conducta. Los hábitos establecen esos acuerdos. Si alguien rompe el contrato establecido, si alguien se comporta de un modo distinto a como lo había hecho hasta entonces, traiciona su promesa a la relación, es decir rompe su contrato. El Derecho está basado en las relaciones humanas. O al menos eso pensaba por entonces. De niño no sólo me interesaba el Derecho. Fantaseaba también con la idea de escribir. Escribí alguna vez una novela de aventuras y romances.

Desde hace unas semanas he pensado en mi vocación frustrada de escritor.

He pensado en eso porque ahora he querido contar esta historia. No sé por qué. Me protege no verle la cara a quien lea esto (hay un autor contratado para poner su maldito estilo y su nombre en este libro).

Voy a llamarme Adrián Ormache. Pero algunos van a adivinar quién soy. Van a reconocernos a mí o a mi esposa Claudia. Mi esposa Claudia. Es curioso llamarla así. Como a una extraña. Su nombre ondulante me recordaba la forma de un arco iris, o al menos así se lo dije el día que la conocí en una fiesta hace veinte años, el piropo era una tontería pero le hizo gracia.

En la época en la que empezó esta historia Claudia era una compañera ejemplar. Se vestía bien, me acompañaba a los cócteles y se había hecho amiga de las esposas de otros abogados.

No puedes tener a una esposa mejor, me decía mi suegra. Tenía razón. Con sus trajes y sus modales, Claudia daba siempre una buena impresión a amigos y conocidos. Organizaba largas y exquisitas cenas en la casa, con mesas pobladas de fuentes de carnes, ensaladas y postres. Los abogados importantes —los Muñiz, los del Prado, los Rodrigo— se quedaban hasta tarde en mi casa y siempre se despedían de nosotros con abrazos. Lo mismo ocurría con algunos políticos: Ferrero, Lourdes Flores, el mismo Belaúnde alguna vez. Todos eran buenos amigos.

Me gustaba que mis hijas los vieran en la casa. Tenemos dos hijas bastante adorables (es la palabra que se me ocurre ahora al mencionarlas).

Hoy, la mayor, Alicia, estudia Derecho en la Universidad Católica. Está felizmente segura de su vocación. Va a ser abogado como yo. Es una muchacha inteligente y guapa (no lo digo porque sea su padre, ya me entienden). Todavía está en la edad en la que cree saberlo todo, pero siempre es amable y hasta cariñosa con sus mayores. Es, no me parece exagerado decirlo, de una inteligencia superior. La menor, Lucía, es tan inteligente como su hermana. Lucía es una niña sensible, de una naturaleza ensoñadora, y con algunos temores naturales como el miedo a la oscuridad y a las arañas. Tiene una imaginación abundante y una necesidad de cariño que la hace contarme cuentos y chistes, uno tras otro. Con sus ojos verdes y su pelo sedoso y sus piernas estiradas, es una de las chicas más lindas que he visto. Su locuacidad es una muestra de los esfuerzos que siempre ha hecho en su calidad de hija menor por hacer notar su presencia en la multitud de tres figuras grandes de la casa.

Lucía es una gran aficionada a la música de guitarra y se encierra en su cuarto con sus amigas a escuchar discos de Kurt Cobain. Cuando cumplió los trece años, le compré un bajo. Felizmente el instrumento no era demasiado ruidoso. Además nuestra casa de quinientos metros cuadrados en San Isidro era suficiente para que cada uno de nosotros, in-

cludidas las dos empleadas de limpieza, la cocinera y el chofer de Claudia, pudiera vivir alejado del maravilloso sonido de sus cuerdas.

Cuando no estaba con su música, Lucía era una gran compañera. Me contaba pequeñas historias, me confesaba problemas de ella y de sus amigas, me pedía darme un beso y abrazarme. Esos abrazos están hoy entre mis recuerdos más preciosos. Extraño esos momentos pues pienso que, a la luz de todo lo que ha ocurrido, ahora pertenecen a un tiempo remoto. En esos días mi hija abrazaba a otro hombre que ha desaparecido para siempre.

Mi esposa Claudia había heredado la mano maestra de su madre para cambiar los pañales, contestar a las preguntas y domesticar las quejas de las chicas. Leía libros sobre los rasgos típicos de la conducta en las etapas de los siete a los diez y de los once a los trece años. Mi suegra había educado a sus hijas con equilibrio y amor, y las había despachado al mundo con una mezcla de fortaleza, sentido moral y razonable amor al prójimo. Claudia estaba haciendo lo mismo con Alicia y Lucía. Por otro lado, los tinos de su educación estaban sostenidos por nuestra seguridad económica. Mi trabajo iba bastante bien gracias a mis buenas relaciones con mis clientes (es un modo de decirlo). Además, mis suegros habían logrado reunir una fortuna a lo largo de muchos años de trabajo en su fábrica. Mi suegro era estafalariamente generoso a la hora de invitarnos a viajar por vacaciones. Nos pagaba los hoteles más lujosos, me abría una cuenta en el bar y les compraba regalos a las chicas. Las islas del Caribe estaban entre sus destinos preferidos y, como resultado de ello, Claudia y yo lucíamos un buen bronceado al final de algunos inviernos.

Yo rara vez me he resistido a las obligaciones de la vanidad. Me gustaba tener una casa bien puesta, una mujer agradable y cariñosa y buena anfitriona, unas hijas adecua-

das y aprovechadas alumnas en el colegio. Me gustaba, no me da vergüenza decirlo, vestirme bien. Y, sin embargo, eso que me gustaba, también a veces..., ya por entonces (y esa época ahora me parece tan remota...), quiero decir que una suerte de pena me envolvía, una mano apretada en la garganta que me dificultaba moverme, incluso para las cosas más rutinarias. Desde levantarme en las mañanas, peinarme y vestirme, hasta todo lo demás: entrar en el día, entrar en el ruido del día, meterme en el corredor de las obligaciones, un esfuerzo gradual de ponerse ropa y afeitarse y diseñar un cuerpo, y dar el primer paso en una sala, convertido en un caballero.

Quizá esa pesadez en la piel, esa pena esparcida, daba lugar a mis sueños. No eran sueños tristes sino más bien escenas iluminadas en las que liberaba mis ganas de hacer algo violento.

Un ejemplo común de un sueño mío en esos días. Estoy desnudo. Me doy cuenta de que estoy en casa de mi suegro, en medio de una cena elegante, es un banquete. Mi suegro me mira y sonrío. Hay mucha gente en corbata sirviéndose un buffet. De pronto tengo algo en la mano. ¿Qué es? Es una botella de ketchup. Le saco la tapa y voy rociando la mesa con el ketchup. El mantel blanco se embadurna de rojo. A mi suegro se le quita la sonrisa pero sus invitados celebran lo que hago. De pronto me doy cuenta de que no es una botella de ketchup. Es una pistola. Una pistola. Así que lo más natural me parece usarla. Le voy disparando a cada uno de los presentes, que mueren entre carcajadas. Por último yo me disparo un tiro en la sien. Me despierto. Fin del sueño.

Aunque algo grotesca, la cosa no dejaba de ser divertida.

Otro sueño repetido. Le doy un golpe en la quijada a mi suegro en su casa ante el aplauso de su familia. Se vuelve a parar y vuelvo a darle un golpe. Y así, varias veces.

Estos impulsos eran como fogonazos. Me asombraba y me reía de mí mismo cuando me venían. Pero me perdía en esas imágenes con algo de gusto.

Creo que estoy exagerando. No es así. Yo me sentía esencialmente cómodo con la familia, el trabajo, la gente conocida y amiga. Me sentía también a gusto con mi suegro, que me invitaba siempre a sus viajes (yo me negaba a muchos). Me gustaba sentarme en la terraza de mi casa, frente a la piscina. Me sentía orgulloso y contento de recibir a mis amigos. No tenía por qué hacer nada contra las sólidas murallas que me rodeaban. Mi éxito era un somnífero. Debía seguir siendo siempre así. El brillo de mis trajes era un reconocimiento que me hacía a mí mismo ante el mundo. Mi voz tan pausada y precisa le daba un suave barniz a las conversaciones (así me lo dijo Claudia una vez, con tono de admiración).

Hasta que todo cambió una mañana de hace varios años, el día en que murió mi madre. La muerte de mi madre ha sido quizá el gran acontecimiento de mi vida.

Su enfermedad había sido larga y cuando el momento llegó, ya lo esperaba hacía tiempo. Y sin embargo la noticia me hundió en una tristeza de la que no voy a recuperarme (¿quién se recupera de nada finalmente?).

La mañana en que Norma, su enfermera, me llamó a darme la noticia, sus palabras me fueron cayendo como golpes en todo el cuerpo. La señora se ha desmayado, señor, yo estaba en la cocina cuando de repente sentí un ruido, corrí al baño y la encontré en el piso, la encontré allí, no sé qué hacer, justo acababa de lavarse las manos, últimamente siempre se estaba lavando.

Me la he imaginado muchas veces sola frente al espejo, mirándose —su bata azul, su silueta estirada, sus hombros altos— antes de caer al suelo. Me parecía oír el ruido de su cuerpo, un golpe seco primero y luego la caída de los brazos y la tela, y el silencio hasta que la encontraron.

Cuando llegué a su casa fue sólo para verla tal como se había ido: un cuerpo vaporoso envuelto en su bata, las piernas cruzadas sobre las losetas, la boca descolgada en un gesto de asombro.

La escobilla había saltado de sus manos y estaba en una esquina. En lo que había sido su último gesto de coquetería con el mundo, mi madre acababa de peinarse. Era un cadáver atractivo, listo para atender a las visitas del velorio. La cargué, traté de hablarle pero aun cuando mi experiencia con la muerte es escasa, me di cuenta de que no tenía conmigo un cuerpo sino un trozo de carne. Su rostro estaba como hechizado. Cuando llamé a una ambulancia fue sólo por seguir un trámite, el gesto mecánico de una esperanza. Me parece que siento la tela de su bata en las manos, los rezagos de tibieza de su piel, la palidez funeraria de sus mejillas. Aunque han pasado varios años, el dolor que aún no se me quita, y la admiración que sentía, que siento por ella..., la admiración, el amor, la gratitud que siento por ella, quizá la gratitud, es una manera de decirlo..., todo eso me acompaña.

Mi madre había tenido una prisa estratégica para morirse, nada de rituales ni despedidas, ni declaraciones, ni reuniones familiares. Tenía el testamento listo desde mucho antes. De vez en cuando, sin dramatismos, en voz baja, me había ido dejando pequeños encargos.

«Te puedes quedar con lo que quieras de mi ropa y mis zapatos. Lo demás se lo damos a la parroquia que los Carmelitas tienen en Sicuani. Te dejo el reloj grande de caoba en mi casa. Puedes llevártelo cuando ya pase todo».

Nunca eran declaraciones dramáticas, siempre instrucciones puntuales mientras ella entraba al carro o en una conversación por teléfono poco antes de despedirse. No hables así, le decía yo, antes de que ella cambiara de tema. Ya me lo había dicho. Estaba muy tranquila.

Claudia estuvo a mi lado en la clínica y en la funeraria. Con su ayuda avisé a los parientes. El más importante y dis-

tante de ellos por supuesto era mi hermano Rubén que vivía en New Jersey.

Así, después de varios años, volví a verlo.

Mi hermano Rubén. Esa tarde, en el aeropuerto, esperándolo, yo estaba como distraído por la pena. La pista rota, los taxistas ansiosos y los dos cuidadores inmundos que me rogaban los dejara lavar el carro...

Cuando Rubén salió de la aduana, me acerqué a darle un abrazo.

La prematura barriga colgante, y el esbozo de papada, y los dientes gruesos. Su vientre se había agravado por los placeres de su éxito en New Jersey. Durante el camino del aeropuerto a la iglesia, Rubén recordó en voz alta escenas con mi mamá. Su voz atropellada y alta, quebrada de sollozos. No puedo olvidar a mamá, no la puedo olvidar, oye, me parece que me está hablando, me parece que la veo. Todos esos recuerdos que se me vienen a la cabeza, oye. Cuando me hizo esa torta con fresas dibujadas que decía «Rubén», cuando me rompí la pierna y ella estuvo a mi lado agarrándome de la mano, cuando me recogía del colegio y nos íbamos a tomar lonche. ¿Qué madre hace eso?

Sentado en el carro junto a mí, de vez en cuando, Rubén alzaba las manos y estallaba en alaridos.

Llegamos al velorio en la iglesia de Fátima. Al ver el ataúd, se abrazó a la madera, le tocó la cara y lloró. Primero en voz alta, luego a gritos. Algunos parientes se le acercaron a darle palmadas y a abrazarlo.

A lo largo de la noche, se sentó y se paró junto a mí varias veces a recibir las condolencias. Al día siguiente, acompañó conmigo el cortejo en primera fila. De cuando en cuando enjugaba las lágrimas. Había sido el último en irse del velorio y el primero en llegar la mañana siguiente. Yo, mientras tanto, me pasé la noche repitiendo a los amigos y parientes la misma letanía de frases: gracias por venir, mu-

chas gracias, fue repentino, bueno, ya estaba con el cáncer, pero ha sido un paro cardíaco.

Claudia estuvo todo el tiempo junto a mí, salvo cuando se llevó a Lucía que lloraba. Alicia estuvo más entera. Yo veía a todos a la distancia: amigos, colegas, parientes en grupos, conversando, sonriendo, preguntando. Los veía desde mi dolor y mi cortesía y mis abrazos, como a través de un vidrio grueso. Al final, después de hablar con tanta gente, el cuerpo me dolía.

Todo fue muy rápido: el lento viaje al cementerio, las últimas palabras del sacerdote, el descenso del ataúd entre las flores. Luego el camino de regreso, todos en procesión. Ese día saludé a tanta gente que no había visto en años... Todos los tíos y primos, todos los amigos, todos los que llegan a dar el pésame a un velorio. Nadie se lo pierde. Era como una fiesta. La agasajada era mi madre, pero mi hermano y yo recibíamos los abrazos.

Rubén había heredado la voz tosca, las manos canallas y la nariz tubercular de nuestro padre. Era en cierto modo su reencarnación. Se le parecía cada vez más; un gnomo que se va asimilando al ogro que lo ha engendrado. El rostro de mi padre, reconstruido siempre según los fragmentos de las pocas veces que lo había visto: un terreno de piedras sobre el que costaba imaginarse alguna vez los delicados dedos de mamá. Era como si ambos llegaran a mí desde extremos opuestos. A un lado, los susurros de las canciones de mi madre para que yo me durmiera, la fina silueta esperándome junto a la mesa de desayuno. Al otro, las risotadas de mi padre, su voz pedregosa, los nudillos pelados de sus manos.

Mi papá. Yo había hecho todo lo posible por apartarme de esos pocos recuerdos suyos.

Su muerte me había dejado apenas un vago cosquilleo de lástima, un dolor impuesto por la obligación. El día an-

terior, había ido a verlo en el Hospital Militar. Lo encontré apoyado en los barrotes de la cama. Tenía la barba crecida, la pijama manchada, hablaba sin parar con un sacerdote.

Ese día, cuando me vio entrar, se sentó, abrió los brazos. Hijo, has venido, puta madre, no lo puedo creer, por fin llegaste. La voz ronca de mi papá, la voz de gritos cortos, las rayas sucias de la pijama, los ojos apretados, las manos en alto, yo no sabía qué contestarle, me hablaba con las manos en alto, yo tantas cosas que he hecho mal, cómo no nos hemos visto más, y ahora... tengo tantas cosas que contarte, ¿cómo están las chicas?, ¿bien?, sí, bien, oye, pero hay algo que quiero decirte, hijo, mira, si alguna vez, o sea, ¿has visto a Rubén?, no, no lo he visto, ya, pero oye, quiero que sepas algo, hay una chica, una mujer que conocí una vez, o sea, no sé si puedes encontrarla, allá, búscala si puedes, cuando estaba en la guerra. En Huanta. Una chica de allí. Te lo estoy pidiendo por favor. Antes de morirme.

Me estaba diciendo algo así cuando entró una enfermera con una inyección, no, váyase, estoy hablando con mi hijo, una mujer allá en Huanta, ya, cálmate y que te pongan la inyección, papá.

Me contaron que esa noche se peleó con las enfermeras, con el médico de turno, que venga mi hijo Adrián, les decía, había querido sacarse la aguja del suero, que venga en este momento, hasta que de pronto se tranquilizó. A la mañana siguiente se despertó, pidió el desayuno, y de pronto se acurrucó y se quedó así. Estaba muerto.

En el velorio, mi madre y yo depositamos un ramo de flores, hablamos con algunos amigos suyos y nos fuimos. En total, aquella visita no duró más de una hora. Los demás fue dirigir los trámites de entierro y aceptar vagas cortesías de pésame.

Mi madre, de quien yo había heredado el idealismo, la melancolía, el optimismo militante, la pasión por la música y la lectura, había cometido el pecado derivado de todas